tomarme frío ni calor por las cosas del mundo; pero..... vamos, no lo puedo evitar; en viendo algo que no me guste, ó trino ó reviento.

DON LORENZO.

¡Pues trine usted! ¿Quién diablos se lo impide? ¿No trino yo también?

Sigue paseándose, y de vez en cuando se detiene para responder á Damián.

DAMIÁN.

Pues señor, ¡á trinar! Ese caballerito es un grandísimo tunante.

DON LORENZO.

¡Noticia fresca!

DAMIÁN.

Y usted.....; ¡usted es amigo de un tunante!

DON LORENZO.

¡Bah! ¿Quién no tiene amigos así?

DAMIÁN.

Usted le obsequia, usted le adula, usted le mima.....

DON LORENZO.

Pues si tratando bien á los pillos siempre acaban por hacer de las suyas, ¿qué sería si uno los tratase mal?

DAMIÁN.

Usted le ha metido en su propia casa.

DON LORENZO.

Yo le ofrecí..... La buena educación.....

DAMIÁN.

La mala querrá usted decir. No es de buena, sino de malísima educación, alternar con gente perdida. Usted se irrita si delante de él sostengo opiniones y creencias que son las de usted.

Don Lorenzo deja de pasear.

DON LORENZO.

Lo hago para evitar que se enrede la discusión, y

él á su vez nos suelte una andanada de blasfemias y de herejías.

DAMIÁN.

Él dice blasfemias y herejías, y usted ó no contesta, ó le ríe la gracia.

DON LORENZO.

Exasperándole diría más. Ya se ve; usted es muy joven todavía; tiene la sangre muy caliente.....

DAMIÁN.

Sí, señor: conservo la facultad de indignarme en tiempos en que nadie se indigna. Pero créalo usted: el no indignarse, en los individuos como en los pueblos, es la señal más evidente de estar envilecidos.

DON LORENZO.

Por eso mismo, justamente; porque la sociedad está envilecida, es inútil dar coces contra el aguijón y hay que tener prudencia.

DAMIÁN.

¡Prudencia! Muy señora mía.

DON LORENZO.

La prudencia, amiguito, es una de las virtudes cardinales.

DAMIÁN.

Sí, cuando es aquella virtud que enseña á discernir el bien del mal para seguir el uno y huir del otro; no cuando es, como sucede con frecuencia, la esposa aparente del bien y la poco disfrazada concubina del mal; no cuando es hipócrita escudo del indiferentismo ó la máscara ruin de la cobardía.

DON LORENZO.

Pero hombre de Dios, ¿qué quiere usted que uno haga?

DAMIÁN.

Luchar. El amor al bien no puede ser platónico.

DON LORENZO.

Luchar inútilmente. El mundo es víctima de otra irrupción de bárbaros.

DAMIÁN.

No, señor; ahora la irrupción no es de bárbaros: es de tunos.

DON LORENZO.

¿Y quién puede con ellos?

DAMIÁN.

Mire usted: el síntoma funesto de las sociedades modernas no es que en ellas haya tunantes; siempre los ha habido. El síntoma funesto es que no haya hombres de bien.

DON LORENZO.

¡Qué exageración!

DAMIÁN.

Sí; hombres de bien vergonzantes, que ni siquiera se atreven á serlo á cara descubierta; que rechazando con espanto el papel de actores, aceptan gustosos el de cómplices en las obras de iniquidad. Entre el bárbaro asesino y el vil que le guarda las espaldas, entre el verdugo y su ayudante, me quedo sin ninguno. La excepción confirma la regla: no lo dude usted, ya no hay más que bribones.

DON LORENZO.

¡Allá va eso!

DAMIÁN.

Bribones activos y pasivos: unos que hacen y otros que dejan hacer.

DON LORENZO.

Usted, por lo visto, quisiera que los hombres de

bien fuésemos otros tantos Quijotes, consagrados á romper lanzas con todo el mundo.

DAMIÁN.

Quisiera no ver de un lado celo y entusiasmo en los partidarios del mal, y de otro lado, en los del bien, apatía y miedo. ¡Oh! Son tan cobardes los hombres de bien que ahora se estilan, que no parece sino que el miedo es compañero inseparable de la virtud, ó que nadie se mete á bueno sino cuando no se atreve á ser malo.

DON LORENZO.

Usted sueña con imposibles. La profesión de ciertas ideas lleva consigo el amor de la paz.

DAMIÁN.

¡Quién la disfruta menos que esos infelices, que no sólo temen los riesgos positivos, sino también los imaginarios; que de todo se asustan, aun de tener razón; que, empeñándose en estar bien con todo el mundo, con nadie logran estar bien, ni consigo mismos? ¡Oh! Si de uno de estos dos inmensos bandos que constituyen hoy la mayoría de la sociedad, malvados capaces de todo y hombres de bien incapaces de nada; si de los unos ó los otros es lícito esperar algo bueno, espérese de aquellos que siquiera tienen fe en el mal: ¡nada puede esperarse de los que en nada tienen fe! Ardiente enemigo de Jesús, cuando frenético de rabia le perseguía, cae á tierra adorándole, y es el Apóstol de las gentes; los hombres de bien han tomado como modelo á Pilato, y para los Pilatos no hay redención.